

# Pablo Ramos

## Hasta que puedas quererte solo



Pablo Ramos

# HASTA QUE PUEDES QUERERTE SOLO

*A Nuncio, Julio y Antonia*

## SOBRE ESTE LIBRO

En noviembre de 1997, bajo el agobio de un domingo caluroso, llegué por primera vez a un grupo de Narcóticos Anónimos. Mi mujer de entonces me acompañó casi de la mano hasta la parroquia La Consolata, en La Paternal, y se volvió enseguida para cuidar a nuestro hijo, que había quedado durmiendo en el departamento, a dos cuadras de allí. Me dio un beso y me deseó buena suerte.

Yo me quedé en la recepción, sin entrar del todo al pasillo lateral que conducía a los salones donde se juntaban distintos grupos. No había ningún cartel y por nada del mundo me habría animado a preguntar. ¿Qué preguntar: "¿Acá reciben drogadictos?"? Ni loco, pensé, antes me muero. Para distraerme me puse a mirar la cartelera de actividades de la parroquia, no quería volver temprano a casa y decepcionar nuevamente a mi mujer. Ella estaba contenta, había averiguado todo y le habían dicho que los grupos de Narcóticos Anónimos eran el mejor lugar para dejar la cocaína. Yo la consumía junto con whisky desde los dieciocho años, y ya para ese entonces tenía treinta y uno. Estaba cansado, el consumo me había arrastrado por todos los lugares habidos y por haber, desde hospitales hasta la cárcel. Más de una vez había estado a punto de perder la vida. Había perdido trabajos, amigos, matrimonios... Ya casi nadie confiaba en mí y mucho menos me tomaba en serio.

Leía los días de catecismo, las misas a pedido, los horarios de secretaría, y me olvidaba, como me pasa siempre,

de qué era lo que había ido a hacer a ese lugar. Recuerdo esa sensación, ese vacío particular, ese estar a la deriva. De golpe una persona, un hombre de algo más de cincuenta años, tostado de lámpara, con unas cadenas y unas pulseiras enormes de oro enchapado, salió de uno de los salones y al verme se me vino al humo. Me saludó y me preguntó si venía para los grupos.

—¿Qué grupos? —le contesté.

—Los de catecismo no, flaco —me dijo el hombre, y largó una carcajada que retumbó en el cuarto de hospital que era y sigue siendo el anexo de esa parroquia.

Me reí también. El tipo me pasó el brazo por los hombros, me condujo a la reunión y me presentó como “el recién llegado”.

No recuerdo su nombre, no recuerdo su voz, ni si era alto, se me hace que sí, o si era gordo o flaco. Sólo el bronceado y el oro falsos, el tono de las palabras que dijo para compartir su experiencia conmigo en el ritual común de bienvenida que se les da a todos los que llegan a esa confraternidad por primera vez.

Entré y me quedé. Junté casi un año limpio antes de mi primera recaída. Junté casi seis meses limpios antes de la segunda. Y después necesité de una internación para poder parar. Junté ocho meses y dieciséis días en esa internación, y desde entonces es que no puedo juntar más de seis o siete semanas sin volver a consumir, sobre todo alcohol. Pero muchas veces volví a los grupos y cada vez fui recibido sin juicio, con un calmo silencio al contar el dolor absurdo de tropezar siempre con la misma piedra. Los compañeros me recordaron que yo me debía respeto, y cuando, avergonzado, contaba mis recaídas, las palabras eran casi siempre las mismas. Que estamos enfermos. Que nos des-

cuidamos un poco y estamos otra vez en el horno. Que esto es sólo un día a la vez. Así me alentaban a empezar de nuevo.

Casi siempre un adicto, un alcohólico, sabe exactamente por qué vuelve a consumir. Hasta se podría decir que, en silencio, su mente lo planea y va concediendo terreno a una idea que en principio es un germen, algo pequeño y *a priori* inofensivo, pero que está destinado a crecer como una planta, una planta carnívora. Es una idea simple, instalada en la tierra fértil de una mente obsesiva, la mente de un adicto: "Esta vez va a ser distinto". Y la idea crece, lógica y coherente. Porque es lógico y coherente pensar así, ya que si otro puede, ¿por qué no voy a poder yo? Y entonces la planta despliega sus tallos y nace una ilusión: "Todo está bajo control". Y ese control ilusorio, o esa ilusión de control, despliega también sus tallos y sus hojas y se expande hacia todos los aspectos de nuestra vida con una energía ingobernable y letal. Más o menos rápido según las personas, según las circunstancias, pero igual de feroz al final del trayecto: todos los adictos sabemos cómo empezamos, ninguno de nosotros sabe cómo ni cuándo va a terminar.

De esas personas va a hablar este libro, de personas que, como yo, luchan día a día para seguir adelante. De los que amanecen agradeciendo sencillamente por el hecho de estar limpios, abstinentes, porque no consumir por veinticuatro horas significa veinticuatro horas de milagros ininterrumpidos. Un adicto que no consume es un número contra todos los pronósticos, algo fuera de lo normal, una balsa que se mantiene a flote pese a que todo propicia el hundimiento. De aquellas personas y de otras que la enfermedad devastó o que sencillamente quedaron en el camino. De muchos que son mi vida o que pasaron por ella, que supieron mirarme cuando nadie lo hacía.

Se me ocurre que algunos de estos retratos, de estas crónicas, podrían tener algún valor para un lector en especial: el lector que se identifique de alguna manera con este sufrimiento. Escribir es, entre otras cosas, civilizar el dolor. Y yo, que alguna vez me sentí un deficiente moral, un ser perverso que sufría y hacia sufrir a los demás, un día escuché con alivio la palabra "enfermedad". Que tenía una enfermedad es lo que escuché; y que la enfermedad podía tratarse, y que el consumo compulsivo podía parar. Jamás había pensado, hasta ese día, que la palabra "enfermedad" podía hacerme suspirar de alivio. Y escuché, durante horas y en silencio, a esos compañeros que hablaban de tres, cuatro, cinco, diez, quince años sin drogas ni alcohol. ¿Años sin drogas ni alcohol? La vida sin drogas ni alcohol es imposible, aburrida, sin sentido, mejor morir, mejor seguir igual, mejor sufrir que disfrutar de la vida sin drogas ni alcohol. ¿Cómo es eso? ¿Mejor sufrir que disfrutar de la vida sin drogas ni alcohol? Así de grande es el problema, así de sutil la locura, así de oscura la condición del alma, así de incurable la enfermedad que doblega al adicto.

Escribo estas palabras con las manos endurecidas. El cuerpo tiene sed y el alma se siente sola, pero me siento mejor al rememorar las palabras de mi anfitrión, las palabras que me dijo el compañero cincuentón, ese que el azar quiso que yo nunca volviera a ver, ese del cual no recuerdo casi nada, excepto el bronceado y el oro falsos. "Pase lo que pase vos vení", me dijo, "que acá te vamos a querer, hasta que puedas quererte solo".

## PASO UNO

“Admitimos que éramos impotentes ante nuestra adicción, que nuestra vida se había vuelto ingobernable.”

*Lo que al adicto lo convierte precisamente en adicto no es el consumo de drogas ni el comportamiento que se pueda llegar a tener, sino una enfermedad. O algo que opera en nosotros, los adictos, con todas las características que tiene una enfermedad. Una enfermedad implacable que indefectiblemente lleva a la persona que no la trata como tal a una completa decadencia. Una enfermedad que lo consume todo, un huracán que nace en la obsesión, se alimenta del egocentrismo y descarga su fuerza en ira compulsiva. Que se niega a sí misma, que usa la inteligencia de las personas enfermas para alimentar esa negación poniendo las responsabilidades afuera. Que te arrastra una y otra vez por todas las miserias humanas hasta dejarte aislado, en una lastimera desesperación. Y que te hará terminar en los mismos lugares: hospitales, cárceles o cementerios.*

*La crónica que sigue muestra uno de los momentos en los cuales estuve cerca de rendirme a la evidencia. Cerca de dar ese primer paso tan necesario para comenzar a salir del laberinto. Donde, luego de negar la naturaleza exacta de mis faltas encontré una persona especial, ¿un loco?, que me dio una tremenda lección de humildad.*

*Sin humildad no hay salida para este problema. Dicen en los grupos de Narcóticos Anónimos y de Alcohólicos Anónimos que la puerta de la sanación es muy ancha, pero también muy baja. O sea, que todo el mundo puede pasar por ella, pero que para hacerlo hay que agachar la cabeza.*

*Es simple: la ayuda no llega si uno no la pide. Y la única manera de pedir ayuda antes de que algo pase es pedirla todo el tiempo, cada vez, cada día. La otra, más efectiva y sublime, es estar dispuesto a dársela a otro que lleve en el alma la misma condición, el mismo Karma.*

*Si el lector encuentra cierto misticismo personal en esta crónica, debe saber entonces, si es que no lo sabe ya, que no niego en absoluto esta condición personal o esta certeza que tengo de saber que el Universo no tiene sólo la dimensión natural en la cual nos movemos, y que muchas veces hay cruces o señales, pequeños milagros diría yo, que se hacen enormes cuando llegan en el momento justo. Cuando vienen a mostrarnos, echados sobre nuestra cara como un rocío fresco, que sólo tenemos que estar atentos si queremos ver todo lo que está a nuestro alcance, y que la belleza, con la cual opera muchas veces el amor universal, tiene la enorme capacidad de curar los males y aliviar las penas.*

*Dedico esta historia a ese hombre que conocí en la provincia de Córdoba y que, lo sé, ya se ha ido de nuestro mundo a uno de aquellos que anhelaba él y que miraba desde alguna de sus reposeras blancas: porque viste mi alma como en una radiografía con tus pequeños ojos ocultos entre tu pelo y tu barba, porque me viste sediento y me diste de beber, vaya ésta, tu canción.*

## EL AMPARO DE LAS ESTRELLAS

Yo conocí a un hombre de otro mundo. A un alcohólico de otro mundo. A fines de 1999, en medio de toda esa locura ciberapocalíptica que se suponía iba a venir de mano del nuevo milenio. A pocos kilómetros de Villa General Belgrano. Y amén de que suene espantoso decirlo así, ya que la frase se asume en casi el ciento por ciento de las veces como una metáfora, y una metáfora innoble y por lo tanto vulgar: yo conocí a un hombre de otro mundo. Sin metáfora.

Viajaba por la ruta 5 de Córdoba en dirección a un lugar llamado El Dorado. Por nada en especial, simplemente estaba de vacaciones, y las vacaciones en la ruta son para mí las mejores vacaciones que se pueden tener. Y cuando escuché que existía un pueblo con ese nombre, ahí, entre los valles del río Tercero, decidí conocerlo. Soy un fanático de Herzog. No sólo de su cine, sino que soy un fanático de él como persona, como eso que anhelo ser y que él es: un artista real todo el tiempo, mucho más artista en su vida cotidiana que en sus películas, mucho más real en sus películas que en su vida cotidiana. También soy un fanático de *Aguirre, la ira de Dios*. Y sencillamente por eso me iba a El Dorado en mi Peugeot 106 RG. Sintiéndome bien, tranquilo, escuchando tan sólo el motor y el sonido del viento en la ventanilla baja. Y llegando al desvío que indicaba el mapa leí un cartel: "Museo OVNI". Por supuesto, me detuve.

Di la vuelta, crucé la ruta y estacioné en la propia sombra que daba el cartel. Toda la casa estaba tapada por un cerco de ligustrina lo suficientemente alto como para que no pudiera verse al otro lado. Y la ligustrina estaba muy crecida y no se adivinaba a primera vista en dónde podía llegar a interrumpirse para dar paso a la casa. Busqué un pilar o una columna o un palo en donde alguien hubiera podido instalar un timbre, pero no encontré nada. Seguí buscando más allá de la esquina, y lo mismo. Golpeé las palmas a lo largo de todo el frente (si ahí estaba el cartel, ése tenía que ser el frente). Grité, recuerdo que grité: “¡Museo OVNI, Museo OVNI!”. Y cuando ya estaba por irme vi, detrás del cartel y a la altura de mi auto, en una pequeña abertura entre las ramas, el extremo de una cuerda. Aparté las ramas para tomar la cuerda y entonces vi la entrada: una tranquera color verde viejo perfectamente camuflada tras las ramas color verde viejo. De la cuerda colgaba, pegado con cinta de embalar, un papel arrugado: “Tire una vez”, se leía perfectamente ahí.

Tiré varias veces de la cuerda y me senté en el capó del auto a esperar. A los cinco minutos largos, más o menos, salió el hombre de otro mundo. Enorme, de al menos un metro noventa, flaquísimo y de cabeza puntiaguda caída hacia adelante como si la frondosa barba verde y amarilla, que parecía el mismo ligustro que rodeaba su casa, fuera tan pesada que le impidiera erguirse.

—¿Acá es el museo? —pregunté. Y enseguida me di cuenta de que ni siquiera había dicho buenas tardes.

—¿No leyó el cartel? —dijo el hombre de otro mundo.

—Sí, por eso tiré de la cuerda.

—Tiró cinco veces de la cuerda. Y ahí dice claramente: “Tire una vez”.

—Tiene razón, disculpe.

—Cinco veces es emergencia.

—Eso el cartel no lo dice.

—Es que eso lo sabe cualquiera, en cualquier lugar del mundo.

Nos quedamos un rato en silencio. Lo suficiente como para que yo me sintiera incómodo, hasta que el hombre se acarició la barba y por fin habló:

—Por eso salí tan rápido.

Entramos sin que me invitara a entrar, sencillamente dio media vuelta y yo lo seguí. Nos abrimos paso entre las ramas de ligustrina y pasamos a un jardín de tierra y reposeras. Cincuenta metros de eso: tierra y reposeras. Había reposeras de todos los estilos alineadas de tal manera que formaban una sucesión de V cortas o puntas de flecha. De tal manera que si dos personas se recostaran en la misma V corta o punta de flecha, quedarían cabeza con cabeza. Al final de ese jardín sin plantas o de ese solárium sin piscina estaba el museo: un vagón de tren antiguo de madera, con una abertura como puerta y unas ventanas fijas hechas con botellas de vidrios aplastadas y unidas formando un extraño vitral.

—Qué buena idea —dije.

—Se llama *vitraux* —dijo él—, y es una idea antigua.

—Sí, me imagino.

—Éstas las hacen acá mismo, los otros borrachos.

Me quedé helado. Pensé que el hombre se había dado cuenta de mi condición y había aludido a mí al decir “los otros borrachos”.

—¿Quiere tomar algo? —me preguntó.

—Hace dos meses que estoy sobrio —dije—, además estoy manejando, usted ya sabe.

El hombre se rió.

—Me refería a té helado, es lo único que puedo ofrecerle.

Disimulé el malentendido y le dije que no. El hombre de otro mundo subió al vagón y bajó con una mesa y una silla chiquitas. También puso un talonario sobre la mesa y se colocó una gorra que decía, justamente, Museo OVNI.

—La entrada sale diez pesos —me dijo, y me cortó un ticket del talonario—, pero si no tiene es a voluntad.

Le dije que prefería los diez pesos, porque si había algo que no tenía era voluntad. Algo así le dije, o creo que le dije.

—Dígame la verdad —dijo el hombre, que guardó los diez pesos, se sacó la gorra y se levantó de la silla. Lo miré y estuve a punto de decirle la verdad: no podía juntar ni dos días sobrio. De hecho venía bebiendo bastante y saliendo a manejar así, semiborracho, a la ruta.

—¿A qué se refiere?

—A la voluntad —dijo él—. Cuando le dije “voluntad” me refería a buena voluntad. ¿Se entiende?

—Se entiende, decir mala voluntad es como decir amor propio. Calificar una virtud es igual que negarla.

El hombre me miró y estuve a punto de aclararle que no era un pensamiento místico sino moral, pero me quedé callado. Si había algo que siempre oscurecía mi conversación era mi constante obsesión por aclararlo todo. Acompañé el silencio del hombre ahora sin incomodidad: lo que yo había dicho quizá le había sonado inteligente y pensé que esta vez había caído bien parado en el silencio.

—El problema son los seis meses, al menos con mis borrachos. El tiempo exacto en que tarda el cuerpo en desintoxicarse, casi siempre se toma por la duda.

—“Por las dudas”, querrá decir.

—Bueno, por la suma de dudas: la duda. Esa duda que se hace insostenible a pura voluntad, que necesita repartirse. La gente piensa, y los borrachos también, que el peso de la cruz es el peso del pecado, justamente no hay madero más pesado que el que fue tallado en la duda. En todo este planeta pasa lo mismo.

—A los otros borrachos, ¿no? —dije.

—Sí, claro, a los otros borrachos.

Dijo esto y se puso serio, muy serio.

—Yo hice un experimento —me dijo—, y si quiere hágalo usted. Si a cualquier alcohólico con años de sobriedad se le presentara un ángel con una botella de vino y le dijera que le quedan dos horas de vida y que tiene la libertad de morir seco o morir borracho, sin que esto implique premio o castigo alguno, la mayoría morirían borrachos.

—Por supuesto —dije—, sencillamente porque la mayoría viviríamos borrachos.

—Sencillamente por eso —dijo—. Lo mejor va a ser entrar.

En el museo encontré lo de siempre: fotos improbables de improbables platos voladores, réplicas de dioses antiguos que podían tomarse por astronautas, pirámides, imágenes de Cristo como un extraterrestre, el pez, el infinito, los grandes desiertos, la muralla china. Libros autoeditados de tapas amarillas con un arcoíris atravesándolas y todas las demás cosas que pueden encontrarse en cualquier lugar de éstos. También *Las máscaras de Dios*, de Joseph Campbell.

—Este libro parece de otra biblioteca.

—Parece, nomás. ¿Y éste?

Sacó de un estante bajo un ejemplar de *El cielo y sus maravillas y el infierno*, de Emanuel Swedenborg. De tapa azul, con una entrevista a Borges a modo de prólogo.

—También.

Pero más allá de esos dos libros asombrosos, el museo era tan sórdido y aburrido como yo lo esperaba. Me puse de mal humor, de muy mal humor. Un humor que me lleva siempre, indefectiblemente, a la soberbia. ¿Por qué un hombre a quien de pronto le había confesado mi alcoholismo y el cual me había instigado primero directa y luego indirectamente a decirle una supuesta verdad que yo ocultaba en mi corazón, no volvía ahora a insistir con mi alma y se dedicaba como un charlatán a hablarme de la historia de los marcianos? ¿Y por qué su discurso hablaba del paso de la fe, del paso de la rendición: el primero que había que dar en el programa de Alcohólicos Anónimos, como si lo